

Caz Frear

PROHIBIDO LLORAR

Traducido del inglés por Cristina Martín Sanz

Título original: *Shed No Tears*

Publicada por primera vez en inglés por Zaffre, un sello de Bonnier Books UK Limited.

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © Caz Frear, 2020

The moral rights of the author have been asserted.

© de la traducción: Cristina Martín Sanz, 2022

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)

Madrid, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-1362-638-3

Depósito legal: M. 27.773-2021

Printed in Spain

Para Reggie, Flynn y Lucie

El caso Compañera de Piso: 2012

De Wikipedia, la enciclopedia libre

Contenido [ocultar]

- 1 Christopher Masters: vida personal
- 2 *Modus operandi*
- 3 Investigación policial
- 4 Las víctimas
 - 4.1 Bryony Trent
 - 4.2 Stephanie König
 - 4.3 Ling Chen
 - 4.4 Desaparición de Holly Kemp
- 5 Detención, juicio y condena
- 6 Referencias
- 7 Para saber más

Cuando llega el primer golpe, supone casi un alivio.

Una deuda kármica pagada.

Una maniobra, al menos.

Al principio forcejea, naturalmente; patalea, intenta arañarte, te suplica, trata de llegar a un acuerdo contigo todo el rato, desde el frío suelo de la cocina, donde se golpea la cabeza por primera vez, pasando por todo el salón, al salir por la puerta y cruzar el camino de entrada, hasta llegar al maletero del coche que está esperando.

Un coche que ella conoce bien.

Un coche en el que se habrá sentado..., no sé, unas diez veces, quince, siempre como pasajera, pero siempre firmemente en el asiento del conductor. La reina del mundo. El no va más.

Esta noche, la pistola que lanza destellos a la luz de la medianoche indica que, para ella, se ha terminado el juego.

Ya se lo veía venir. Lo acepta. Sabe que todo este sórdido desastre es obra de ella. Y aun así rezaba para que la cosa no fuera más allá de una paliza, porque una paliza sí que puede soportarla: los hematomas desaparecen, las fracturas se curan, hasta las peores cicatrices pueden disimularse con maquillaje. Y bien sabe Dios que ya ha soportado muchas palizas a lo largo de su vida y aun así vivió para contarlas.

Pero no va a vivir para contar esta.

No se lo merece. Incluso comparada con las que ha soportado, esta ha sido cruel.

Y lo lamenta. Sabe que no la creen, pero si existe un Dios allá arriba, Él sí la creerá.

Puede que la próxima vez regrese siendo mejor persona.

Porque esta vez solo había un único modo de poner fin a todo.

Llevábamos semanas rezando para que lloviera. O tal vez eran ya meses. Cuesta trabajo recordar una época en la que quejarse de que hacía calor no era un fetiche nacional, una época en la que uno no pasaba los días suspirando, lanzando palabrotas y rociándose la cara con agua pulverizada ni las noches dando vueltas en la cama y preguntándose si lo de dormir se habría convertido en un placer del pasado.

Y luego estaban las discusiones. Dios, las discusiones. Una auténtica guerra civil por los aparatos de aire acondicionado. Los hombres lanzando pullas a las mujeres, envidiosos de vernos ir por ahí con vestiditos ligeros mientras ellos sudaban a mares embutidos en los mismos trajes que habían llevado durante el invierno. Los viejos contra los jóvenes: Steele y Parnell afirmando que aquello no era ni de lejos tan brutal como fue el verano del 76, cuando los ríos bajaban secos y el asfalto se derretía, y utilizar la manguera constituía un delito sancionable todas las veces con la pena de muerte.

Por supuesto, nosotros, los Jóvenes, replicábamos alto y claro que, teniendo en cuenta que en 1976 no éramos ni siquiera un guiño en los ojos de nuestros padres, el razonamiento de los Viejos resultaba del todo irrelevante y, francamente, no ayudaba nada. «Uno solo puede jugar con las cartas que le han tocado», razonábamos una y otra vez, y a nosotros nos había tocado aquel maldito verano. La paralizante ola de calor de 2018. Vivíamos en ella, nos sofocábamos

en ella, sobrevivíamos en ella —a duras penas— con la ayuda de ventiladores de mesa y bolsas de hielo, y con la esperanza constante, aunque desvaída, de que algún día volviera a llover en la amable y verde campiña inglesa.

Y aquí y ahora, en un camino sin asfaltar bordeado de hierba que discurría a lo largo de un remoto sembrado ubicado en el carbonizado corazón de Cambridgeshire, por fin fueron atendidas nuestras plegarias.

—Puñetera lluvia —digo mirando ceñuda hacia el cielo, olvidado en un instante todo lo que hemos sufrido con tanto sudor y tanto calor.

—En Londres no llueve, ¿no? —El detective Ed Navarro, que es nuestro guía para esta escena del crimen, y mira que se queja de desempeñar ese papel, me mira con una sonrisilla irónica. Me entran ganas de arrearle un guantazo en esa carita pálida y sebosa que tiene, que parece una patata cocida con perilla de chivo—. Porque, en serio, se te ve un poquito hecha polvo. ¿Quieres sentarte un rato en el coche?

—¿Por qué?, ¿es lluvia ácida? —replico yo.

Navarro rebusca en su bolsillo y extrae un paquete de caramelos de menta abierto.

—Que yo sepa, no.

—Pues en ese caso, creo que sobreviviré.

—Oh, venga, Kinsella, esto es una bendición —me dice el detective Luigi Parnell alzando las manos y dejando que la lluvia le moje las palmas, dinero caído del cielo—. Ni siquiera está lloviendo tanto. Y acuérdate de lo que dice la jefa: que es bueno para el jardín.

—Yo no tengo jardín. —Me tapo la cabeza con la carpeta de plástico que contiene las fotos de la escena del crimen, un paraguas improvisado y macabro—. En cambio, enseguida se me riza el pelo.

Al momento me arrepiento de haber dicho eso. Holly Kemp ya no tiene que preocuparse de que se le rize el pelo. Ni del hecho de

que la camisa de trabajo que lleva puesta, que es de algodón barato, esté transparentándose cada vez más.

Holly Kemp ya lleva un buen rato sin preocuparse de nada.

—En fin, aquí es donde la hemos encontrado.

Navarro señala con la cabeza la profunda cuneta que hay a un lado del camino y después nos lleva hasta un hueco abierto en el seto, supuestamente cortado para facilitar el acceso a los forenses. Si hubiera sucedido ayer, ahora tendríamos aquí una tienda de campaña de la escena del crimen, montada para preservar las pruebas y proporcionar intimidad al ejército de batas blancas que estarían llevando a cabo su crucial pero siniestra profesión, pero últimamente desmontamos las tiendas enseguida. No resulta «eficiente en cuanto a recursos», por utilizar una expresión de moda, mantenerlas vigiladas un segundo más de lo necesario.

Dinero. Presupuestos. Relaciones públicas. Estadísticas.

Los cuatro jinetes de la vigilancia policial moderna.

—Bueno, por supuesto, no la hemos encontrado nosotros, sino Lady Perséfone III. Antes de que lo preguntéis, se trata de una perra. —Navarro se mete dos caramelos de menta en la boca sin molestarse en ofrecer a los demás—. Sinceramente, no sé en qué planeta viven algunas personas. ¿Qué ha pasado de repente con los nombres como Patch, Rex o Rover? Son nombres de perro como Dios manda.

—A mí me gusta —replico, solo por picarlo. En mi defensa debo decir que hoy obedecemos instrucciones estrictas de la inspectora jefa Kate Steele de que hagamos de agitadores. Los típicos capullos «venidos de la capital» que creen que los demás integrantes de la fuerza son la versión barata de la poderosa Policía Metropolitana. Steele tiene la esperanza de que un toque de beligerancia sirva para meterles un cohete por el culo.

—Bien, ¿hay posibilidad de que tengamos una autopsia? —pregunta Parnell en un tono de naturalidad salpicado de desprecio—. Ya han pasado más de cuarenta y ocho horas, bastante más de cuarenta y ocho horas.

Navarro separa las piernas.

—Eh, un momento. Han pasado más de cuarenta y ocho horas desde que nos pusimos en contacto con ustedes por lo del medallón, pero el cadáver no nos llegó al depósito hasta anoche. No se puede meter prisa a la arqueología forense, es un tema muy complejo. —Parnell pone cara de no estar impresionado; yo opto por aparentar que «mayormente» no estoy impresionada—. Además, tenemos trabajo atrasado, ¿vale? Nuestra patóloga está que no puede más.

Me cruzo de brazos, y con ello renuncio a mi carpeta-paraguas.

—Mientras que la nuestra se pasa el día sentada limándose las uñas, esperando a que le entre un cadáver.

—Cadáveres, más bien —me corrige Navarro con una actitud más triste que a la defensiva—. Unas horas antes de que ocurriera esto, hubo un accidente múltiple en la M11. Dos turismos, cinco adolescentes y cuatro muertos, dos de ellos pertenecientes a una misma familia. —Se da unos golpecitos con los nudillos en la frente, como para extraer las ideas—. A uno de ellos lo conocía yo. No éramos íntimos, claro; lo entrenaba en fútbol. Pero lo había visto alguna que otra vez en el pub haciéndose el importante y pidiendo las cervezas. Crecen tan deprisa, y de repente... zas, ya no están.

Y luego, zas, los capullos «de la capital» se sienten como unos auténticos capullos de mierda. Les ofrecemos nuestras rápidas pero sinceras condolencias. Parnell me mira de reojo para decirme que la Operación Capullo ha de abandonarse de inmediato.

Llevo la conversación a un terreno más seguro: el de la perrita de nombre idiota.

—Pues la verdad es que deberíamos estrecharle la pata a Lady Perséfone III; ella ha logrado lo que nosotros no. Ha encontrado a Holly Kemp. La pobre llevaba años desaparecida.

Casi seis, para ser precisos. Seis cumpleaños. Seis Navidades. Seis aniversarios pensando si este será el año en el que uno podrá «pasar página», esa noción de cuento de hadas de la que tanto hablan en la televisión.

—Perdón, ¿cómo que «nosotros»? Querrá decir lo que no han logrado ustedes. —Navarro no puede contenerse. El concurso de a ver quién mea más lejos entre un equipo y otro es tan previsible como pueril.

Dejo pasar la pulla, principalmente porque me da pena el exalumno de fútbol de Navarro, pero en parte porque tiene toda la razón. Esto es culpa de la poderosa Policía Metropolitana, y no hay más que hablar.

—Bien, ¿y cómo, si puede saberse, ha estado esa mujer aquí tanto tiempo sin que nadie se diera cuenta? —pregunto sin dirigirme a nadie en particular.

—Todo esto —responde Navarro dibujando un semicírculo sobre el horizonte emborronado por la llovizna— perteneció a un viejo agricultor que se llamaba Johnny Heath. Hace ya bastante que falleció, pero llevaba años con esta tierra en barbecho, más por sus problemas de salud que por hacer rotación de cultivos, tengo entendido. —No comprendo bien la referencia, pero afirmo sabiamente con la cabeza—. Su hijo vivía en Estados Unidos. Ni siquiera se tomó la molestia de acudir al funeral, según dicen. Y tras fallecer su viejo no vino por aquí a vender la propiedad porque estaba ganando una pasta gansa en Wall Street y no necesitaba el dinero. Así que cuando Johnny murió en 2015, la propiedad quedó abandonada. El hijo pagaba a un vecino para que cortase la hierba unas cuantas veces al año, pero nada más.

—Y el tractor nunca llegaba a acercarse a la cuneta —dice Parnell.

Saco una foto de mi carpeta.

—Y aunque se acercara, el cadáver estaba bien oculto.

Ramitas, ramas, helechos y troncos. Eran los troncos los que constituían el detalle más escalofriante; eran los troncos los que demostraban que aquello no era el caso de una vagabunda que, buscando refugio, había muerto de hipotermia durante la noche, ni el de la víctima de una borrachera que hubiera emprendido el regreso

a casa atravesando los sembrados. Los troncos estaban colocados encima del cadáver, de eso no cabía la menor duda. Lo cubrían, lo arropaban; alguien se había cerciorado de que una familia destrozada tardase mucho tiempo en poder pasar página.

—Bien, por acabar la historia... —Otro caramelito a la boca—. Hace unos meses, al hijo se le acabó la suerte en yanquilandia, por una reducción de plantilla, afirma, y he aquí que de repente esto se convierte en la granja de Pepito. Se presenta aquí de un día para otro hablando de agricultura orgánica y monta una tienda para idiotas forrados de dinero.

—Entonces, ¿la perra es suya? —pregunto, renunciando a repetir el título completo del animalito.

Navarro afirma con la cabeza.

—Llevaba varios días escarbando en el mismo sitio. Su dueño no le había hecho mucho caso hasta hace unos días, cuando al llamarla no regresó. Cuando vio que tampoco respondía al silbato, comprendió que pasaba algo. Por lo visto, el silbato siempre funciona.

—¿El silbato? De modo que es un cachorro. La está adiestrando. —Parnell se considera bastante experto porque en este pasado año ha sacado a pasear al perro de sus hijos dos veces.

—Correcto. —Navarro se limpia el agua de lluvia de la cara con la manga de la camisa. Yo ya he dejado de preocuparme por el halo de rizos que se me ha formado—. Y creía que lo tenía dominado, pero, ya se sabe, si a un perro se le da un hueso...

Resultó que no era un hueso, sino varios. En concreto, ciento ochenta y nueve, lo cual quiere decir que, si he de guiarme por el notable que saqué en Biología en el instituto, faltan diecisiete. Supondremos que se los habrán llevado los zorros o los habrán diseminado los estorninos. Un esqueleto de mujer casi completo, descomponiéndose en una cuneta a varios kilómetros de donde fue vista por última vez.

El número 6 de Valentine Street, Clapham, suroeste de Londres.

Hace seis años, la prensa lo denominó la «Mansión de los Horrores» por antonomasia. Más recientemente, una agencia inmobiliaria

lo describió como «un semiadosado precioso, con personalidad, dotado de una cocina recién ampliada y un jardín que constituye un verdadero oasis. Rara vez logran salir al mercado viviendas como esta».

Lo cual es cierto, si bien está un poco edulcorado.

—¿Y por qué aquí? —pregunto, en vez de «por qué hacemos este trabajo, que tiene que ver únicamente con futbolistas muertos, un esqueleto y estar de pie en un campo bajo la puñetera lluvia»—. Y no me refiero a por qué no Valentine Street, sino este lugar, Caxton. ¿Por qué concretamente en este punto? —Me giro trescientos sesenta grados para recorrer con la vista todo lo que nos rodea, que, para ser franca, no es gran cosa. Aparte de nosotros tres, que parecemos campesinos salidos de un cuadro de Constable, y de un tractor oxidado que hay en el campo de al lado, hasta donde alcanza la vista no hay un solo punto que resulte digno de interés. Solo se ve tierra descolorida y un cielo temporalmente plomizo—. Sí, de acuerdo, esto está un poco alejado del camino transitado, pero no es que esté tan protegido. Incluso de noche, uno se sentiría ligeramente a la vista de todos.

Navarro se encoge de hombros, como si no fuera cosa suya juzgar los métodos de un asesino.

—Venga, Ed, ayúdenos un poco —le dice Parnell, ahora todo amistoso—. Usted conoce esta zona. Si quisiera esconder un cadáver, ¿de verdad lo traería aquí?

—A lo mejor. Por aquí no es que tengamos mucho donde escoger. No hay demasiadas zonas boscosas, y los Fens, que están al norte de aquí, son un paisaje totalmente llano. —Otra vez la sonrisita sarcástica—. ¿Sabe lo que dice mi gobernador? Que FENS son las siglas de Feo-Enorme-Negro-Solitario.

Sonrí. Parnell suelta una carcajada generosa.

—Así que Feo-Enorme-Negro-Solitario. Muy bueno. —Pero rápidamente vuelve al trabajo—. Pero, en serio, tiene que haber un sitio más seguro que este, más recóndito.

Esta vez, Navarro piensa un poco mientras se acaricia la barbita de chivo.

—Yo, personalmente, si hubiera asesinado a mi cuñada, lo cual sería un honor y un privilegio, no la enterraría, tal como se lo digo. La cogería en brazos y la tiraría al Ramsey Forty Foot, que es un enorme dique de drenaje que hay a unos treinta kilómetros al norte de aquí.

Lo saco de su ensoñación para decirle:

—No sé por qué no dejáis de usar el término «enterrar», cuando el cadáver en realidad no estaba enterrado.

—Bueno, es verdad que no estaba bajo tierra —concede Navarro—, pero se esforzaron mucho por esconderlo.

Me acerco un poco más a la cuneta y observo el espacio que ha dejado, la nada.

—Pero esconder es diferente de enterrar. Esconder es más rápido. Esta persona tenía prisa.

—Un momento, ¿cómo que «esta persona»? —Navarro entorna los ojos en un gesto de suspicacia—. Oiga, ya sé que hasta que tengamos el informe del registro dental no hacemos más que suposiciones, pero el cadáver que estaba aquí era el de Holly Kemp. En el medallón estaba grabado el nombre de Holly, y dentro había fotos de sus padres. Era de ella. Y es una de las víctimas de él, ¿a que sí? —No decimos nada—. Mi gobernador ha hablado con el inspector jefe que dirigía el caso en aquel entonces y siguen convencidos. Él lo admitió, ¿no es verdad?

Él. Se refiere a Christopher Dean Masters, y, en efecto, lo admitió. Y después lo negó, luego lo admitió, lo negó, lo admitió, y así sucesivamente, hasta que los investigadores originales dejaron de sacarlo en la televisión y lo privaron de aquella perversa satisfacción.

—Créame, ojalá fuera una de nuestras víctimas. Nuestras estadísticas de personas desaparecidas no son muy buenas en este momento. —Esto debería irritarme, pero, cosa que me deprime, lo oigo.

Un exceso de casos y un importante descenso en el número de detectives de Homicidios hace que uno acabe desapegado: con el cerebro fundido y totalmente desapegado—. De hecho, creí que era una de las nuestras. En cuanto llegó la llamada, me dije: «Esa es Ania Duvac, ya está». Me aposté diez libras con Jonesy, nuestro encargado de las muestras. —Observa mi expresión y se ruboriza; con una sola estimación errónea ha dejado de ser una patata cocida y ahora parece una remolacha cruda—. Oigan, no fue idea mía. Jonesy apuesta por cualquier cosa. Tiene un problema serio de verdad. Sea como sea, en cuanto llegué aquí perdí las diez libras. Ania había desaparecido el pasado mes de septiembre, ¿comprenden? Cabría esperar que aún quedase un poco de músculo pegado a los huesos. —Sonríe para sí—. Los chicos dicen que estoy un poco pirado, pero lo cierto es que me interesan bastante esta clase de cosas. Entiendo un poco de descomposición de cadáveres.

Muy honrado por su parte. Ya es más de lo que hago yo. La vigilancia policial por lo general es una cinta transportadora de primeras veces. La primera ronda, el primer arresto, la primera vez que haces acopio de valor para destrozar a alguien diciéndole: «Lamento informarle de que...». Y a pesar de lo que digan los de la vieja guardia, los sabelotodos, la brigada que lleva treinta años de servicio, los pavos reales jubilados que, apoyados en la barra del bar en las fiestas de despedida de fulano de tal, regalan los oídos de cualquier ingenuo que esté dispuesto a escucharlos hablándole de la época en que ellos conocieron a los hermanos Kray; uno nunca deja de aprender. No existe un número finito de quebraderos de cabeza que pueda traerle a uno este trabajo. Hoy, por ejemplo, a pesar de que ya hace cuatro años que empecé a trabajar en Homicidios, que me agaché junto a mi primer cadáver en mi primera escena del crimen, esto, Holly Kemp, es mi primer esqueleto.

Sin sangre. Sin heridas. Sin olor que provoque arcadas.

Sin un detalle pequeño pero turbador que te conecte con tu víctima.

Lo reconozco. Me está resultando difícil conectar con un conjunto de huesos. Con un esqueleto estirado en el suelo como si fuera un proyecto de ciencias o una vulgar atracción del tren de la bruja. La foto de Holly Kemp es lo único que tengo para extraer la esencia de quién era esta persona. La «famosa» foto. La clásica carne de cañón para los programas informativos. La de la rubia de bote y morritos fruncidos. Bronceado artificial. Dentadura salida de un anuncio de Colgate.

Y «unas tetas sacadas de un catálogo», según dice Navarro. Han encontrado implantes entre los huesos. La cabrona de la silicona tarda mucho tiempo en desintegrarse.

Al igual que las suelas de caucho.

—¿He visto algo relativo al calzado? —pregunto mirando en mi carpeta, buscando el papel impreso.

—Así es —me confirma Navarro—. Había una zapatilla deportiva, bastante distintiva, la verdad. Posiblemente, hecha a medida. Se ha enviado una foto a las compañeras de la víctima; esperamos que puedan identificarla. —Hay una chispa en sus ojos; curiosidad morbosa—. Pero esto de la zapatilla resulta raro, ¿no les parece?

—Sí. No. Tal vez. —Le permito que interprete lo que quiera en mi despreocupada no-respuesta.

—La cosa es —continúa, con el caramelo de menta haciendo ruiditos contra sus dientes— que también había unos cuantos fragmentos de tela pegados y fundidos con el hueso. Probablemente eran de un pantalón vaquero, porque han encontrado restos de cobre, ya saben, esas tachuelas metálicas que ponen en los bolsillos.

Cruzo una mirada rápida con Parnell, y este enseguida mira hacia otro lado.

Pero Navarro la capta.

—Ah, ya sé lo que están pensando. Están pensando lo mismo que yo. Bueno, es que resulta difícil no pensarlo. —Hace una pausa, y durante unos momentos se oye únicamente el repiqueteo del chubasco de verano, que ya va amainando, y el lejano rumor de la auto-

vía, que Dios sabrá a qué distancia se encuentra—. Las otras... estaban desnudas.

Las otras.

Desconocidas en vida, pero unidas en la muerte.

Nombres en una página de la Wikipedia.

Las víctimas.